



COMPARTIENDO LA PALABRA DEL DOMINGO

“PADRE, PEQUÉ CONTRA EL CIELO Y CONTRA TI; NO MEREZCO SER LLAMADO HIJO TUYO” Lc 15,21

PRIMER MOMENTO: CONOCIENDO A NUESTRO PASTOR¹



Las conquistas logradas por el hombre en beneficio de los hombres no niegan el poder de Dios ni le hacen competencia. Al contrario, las victorias del hombre son las victorias de Dios: manifiestan poder divino que late en el hombre y los planes que Dios realiza con el hombre para bien del mismo hombre (ver G. S.n. 34).

Hay una sola Historia que es Historia de Salvación y que Dios guía por medio de Jesucristo para

liberar al hombre de todo pecado, personal, social y estructural, que lo oprima o rebaje su condición y dignidad de hijo de Dios. Jesucristo es el Señor de la Historia: “Todo fue creado por Él y para Él (Col 1 - 1, 16). Él invita a participar en esta única Historia a todos los hombres, cualquiera sean su modo de vivir o su manera de pensar.

Cada vez que los hombres se esfuerzan por conseguir mejores condiciones de vida, nosotros creemos que esos esfuerzos, considerados en sí mismos, responden a la voluntad de Dios (Ver G.S, n. 34).

Es Jesucristo el Señor de la Historia, quien los impulsa misteriosamente y obtiene la libre colaboración de muchos que no lo conocen, o tal vez lo rechazan por no conocerlo.

Todo hombre que se abre a los grandes valores del Evangelio, el amor, la justicia, la apertura a Dios, la fraternidad, la igual dignidad de todos los hombres, el derecho a la participación social de los pobres y desamparados, etc., todo hombre que se abre a estos valores, aún sin conocer al Señor, colabora en la historia de la liberación humana, que El anima con su Espíritu.

Y, por el contrario, cada vez que los hombres se cierran a esos grandes valores humanos y evangélicos, dejan de ser actores en la única historia liberadora, y se hacen actores de la anti-historia. La anti-historia es el reverso de la historia que conduce el Señor. Es la historia negativa que manifiesta la mano de Caín, es decir, la mano del pecado del hombre que se endiosa, y, teórica o prácticamente, y de muy variadas maneras (políticas, económicas, policiales, sociales) elimina a los que no se someten a su concepción de la ciudad terrena. Debemos reconocer sinceramente que muchas veces nosotros mismos no hacemos la historia, sino la anti-historia, al aceptar en nuestro corazón la soberbia, el odio, la prepotencia, la falsedad... por ello, en este Acto Religioso, debemos pedir perdón al Señor y a nuestros hermanos para dar un paso de conversión.

¹ Tomado del escrito *“Palabras de vida, Homilias de don Enrique Alvear”*. EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2016, página 60-61 “No hay dos historias, solo una que conduce a Jesucristo”



SEGUNDO MOMENTO: OÍR LO QUE JESÚS ME DICE

Miro mi realidad a la luz de la palabra de Vida: **Lucas 13, 1-9**



Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Pero los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo entonces esta parábola:

“Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de herencia que me corresponde”. Y el padre les repartió sus bienes.

Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida inmoral. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para

cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!” Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: “Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”.

Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: “Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus servidores: “Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado”. Y comenzó la fiesta.

El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba eso. Él le respondió: “Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo”. Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: “Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!” Pero el padre le dijo: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”.



Reflexión

Quizá uno de los evangelios más conocidos es el relato del Hijo prodigo, que este domingo la liturgia nos invita a compartir. Siempre se le ha conocido con ese nombre, aunque el protagonista es el Padre Misericordioso que está atento a las vidas que cada uno de sus hijos ha tomado. El hijo menor nos representa cada vez que queremos sacar de nuestra vida la presencia de Dios, pues nos incomoda hacer las cosas que nos propone, no valoramos la vida que Él nos entrega, nos creemos sabedores de la verdad y nos alejamos de Dios, pensando que así nuestra vida es más libre y la podemos manejar nosotros mismos. Al poco andar nos vamos dando cuenta que estar lejos de la presencia de Dios, nuestra vida se transforma y comienza a experimentar las carencias y seguridades que nos da el estar unido al Señor, por eso volvemos, pero no esperamos el recibimiento que nos tiene preparado del Padre Bueno, quien eneguecido por el amor abre sus brazos, nos acoge en nuestra verdad y nos invita a celebrar con Él la vida. Por el otro lado, está el hijo mayor, el que nunca salió de la presencia del Padre, pero es este el que menos lo conoce. Reconoce la bondad es quizá el ejercicio que más nos cuesta a nosotros, pues siempre estamos más propensos a condenar que a perdonar. El Padre Bueno, por el contrario, está dispuesto a enseñarnos a amar incondicionalmente, pues solo amando y entregando todo es que se puede entrar en la libertad de la celebración del banquete.

Preguntas para la Reflexión

¿Con cuál de los tres personajes de esta parábola me siento más identificado? ¿Logro entender la dinámica amorosa y misericordiosa del Padre Bueno? ¿De qué forma, como comunidad, vamos siendo misericordiosos, como el Padre de la parábola?



*“no hay caminos
para la paz,
la paz es el
camino”*

(Gandhi)



TERCER MOMENTO: COMPROMETERNOS CON EL DIOS DE LA VIDA

En estos tiempos, en donde las cuarentenas van dando espacios a encuentro, aun limitados por aforos. Es que te invitamos a tener un momento de celebración en comunidad, con los que estas viviendo este confinamiento o con los que te puedas juntar. Es bueno poner en común nuestras oraciones con quienes vivimos y compartimos la experiencia de fe. Te invitamos a comprometerte con la comunidad para ir creando espacios de encuentros post-pandémicos en donde necesitaremos de acogida y escucha después de lo que hemos vivido.

Te dejamos este poema que te puede ayudar para la oración personal y también un enlace con un canto.

Hermano mayor

Con lo que yo te he dado, Señor,
y tú, regalándote por igual
a tus hijos díscolos.
Con lo que yo te he amado,
y tú derramando tu amor
sobre buenos y malos.
¿Cómo puedo hacerte ver
que merezco más,
necesito más,
espero más?
¿No los vas a castigar?
¿No exigirás que purguen sus delitos?
¿Vas a seguir poniéndoles la mesa
para que devoren mi herencia?

¿No me darás a mí un premio?
¡No! No me intentes convencer
confundiendo misericordia y justicia.
A mí, que desde joven te he dado todo.
Yo que no he fallado un día,
cumplidor sin tacha...
¿Cómo es posible?

Y tú, en silencio, me miras
con dolor y paciencia
por todo lo que no entiendo.

(José María R. Olaizola, SJ)

Nos puede ayudar la canción <https://www.youtube.com/watch?v=CNHa4LAmceM>

A MODO CONCLUSIÓN

Después de haber compartido, terminan el encuentro con la oración del **Padre Nuestro**, y entre todos los miembros de la familia se bendicen, haciendo el gesto con las manos... pueden terminar cantando alguna canción a María... y como comunidad comparten lo que trajeron para comer y celebrar la vida comunitaria.